

Iniambey

por Jorge Gracia

PREFACIO

“Queremos gritarle al pueblo blanco que estamos vivos, que no somos animales, que somos alguien ahí, en la tierra. Que tenemos una religión, tenemos valores y una cultura de años. Gritar para que el mundo entero sepa que lo único que queremos es que nos dejen seguir siendo Mbaya Guaraníes”

Cita de un cacique guaraní

Estableció los límites del Nuevo Mundo con exactitud, rigurosidad y fervor en defensa de la Corona Española. Sin embargo, tal dedicación no le fue correspondida con unos honores que le fueron denegados.

300 años después de la conquista del Nuevo Mundo, intelectuales del Viejo Continente se hicieron a la mar en numerosas expediciones científicas, en respuesta a la necesidad de conocer el mundo inmediato tan característica del hombre ilustrado. Ningún gobierno europeo sacrificó sumas tan considerables de dinero como las que España gastó para adelantar el conocimiento de la Naturaleza y, sin embargo, gran parte de la aportación al conocimiento de quienes fueron protagonistas de estos viajes cayeron en el olvido.

Corrían tiempos convulsos de extrema agitación social e intelectual, de exaltación renacentista de la Naturaleza pero, sobre todo, eran tiempos llenos de intrigas y desconfianzas dentro del seno político. No se trataba ya de nuevos descubrimientos geográficos, sino de un enfrentamiento entre las principales potencias coloniales por liderar la conquista científica del Nuevo Mundo

Condenado a vivir en la lejanía del olvido y silenciado, nunca hubiera podido imaginar lo que el destino le depararía: los mejores años de su vida, embarcado en una aventura tan real como fantástica, en uno de los lugares más bellos y salvajes del Planeta, un mundo extraordinario, habitado por hombres, animales y plantas en armónica relación con la Naturaleza

Lo que sigue es el relato del corazón valiente y apasionado de un gran hombre avanzado a sus tiempos, cuya curiosidad insaciable y determinación absoluta le llevaron a escribir una de las páginas más brillantes de la Historia Natural de las Américas, defendiendo la fauna, la flora y los pueblos que allí vivían, contemplando el ecosistema como un paraíso amenazado por una civilización que avanzaba inexorable en la colonización de nuevos territorios que satisficieran su creciente demanda de oro y de poder.

Si hubiese sido escuchado, quién sabe si la historia la hubieran contado otros...

CAPITULO I. Naturaleza salvaje

Pasarán muchos años antes de que olvide el día en que comencé tal azarosa aventura que os voy a contar...

Había que tener la cabeza muy dura para recorrer jornadas interminables de los territorios del Este, cruzando bosques apenas vírgenes, extraños a los progresos rápidos de las Ciencias Naturales, sin ninguna comunicación. Ríos que atravesar con canoas o sobre los que tender puentes, ciénagas que vadear, barrancos que cruzar, vastas espesuras por las que abrirse paso a golpe de machete, así como algunos inconvenientes menores: enredaderas espinosas, hormigas que picaban, serpientes venenosas, mamíferos nerviosos y algunos indios armados. Sin embargo, aquella fantasmagórica belleza de la selva guaraní no daba lugar sino a pensamientos que soñaban alcanzar la mayor perfección de la Naturaleza.

Como cada jornada, después de marchar sin detenernos durante todo el día, hacíamos alto en la proximidad de cualquier laguna o riachuelo. Acto seguido, se enviaban hombres para procurarse madera para quemar y otros para procurarse comida para todo el séquito. Mi hamaca, suspendida en dos árboles, garantizaba cierta seguridad y plácido sueño, no así al resto de hombres, quienes utilizaban un trozo de piel de vaca para recostarse en el suelo, sabido el riesgo que suponían las víboras y otros animales. A la mañana siguiente, levantábamos antes del amanecer para hacer el desayuno, mientras algunos soldados se encargaban de reunir a los caballos. Dos horas después, nos poníamos en marcha.

Así se sucedieron jornada tras jornada, durante muchos años, habiendo cruzado el país muchas veces y en todas direcciones, haciendo largos y penosos viajes, no sin fastidio ni cansancio. Y no pasaba un día sin que mis observaciones geográficas, así como los apuntamientos del entorno que me rodeaba, uniesen un descubrimiento nuevo a las ciencias naturales.

Era un día normal, en el que los rayos de sol se dejaban notar a la hora acostumbrada. En los días comunes de verano se mantenía el mercurio del termómetro de Fahrenheit en los ochenta y cinco grados, subiendo en los días más calurosos a ochenta y nueve grados y un tercio. Con mucha verdad solía decirse que no tenía este país más verano que el viento norte, ni más invierno que el viento sur y sureste, porque el calor y el frío varía aquí más por los vientos que por el lugar del sol. Sin embargo, experimenté años atrás, que se helaron varias plantas, entre cuya temperatura y el mencionado calor hay muchos intermedios que hacen notable la diferencia de estaciones, explicada por muchos árboles que mudan sus hojas completamente como en Europa.

Como iba diciendo, la mañana era hermosa, pero al amumentar el calor el cielo empezó a nublarse.

En ocasiones, y alejándome del bullicio de la tropa que acompañaba mis largos y frecuentes viajes, gustaba de pasear hasta el río, donde me tumbaba en la fresca hierba, imaginando en pocos segundos, cosas que, si ocurrieran de verdad, necesitarían mucho tiempo para desarrollarse.

El torpe aleteo de un ave detrás de unos arbustos sacó mi mente de la distracción. Al incorporarme, una inusual neblina cubría la superficie de la tierra, sin que la vista pudiese alcanzar unos pasos más allá de la densa vegetación riparia. Tan pronto los primeros rayos de luz lograron atravesar la nube

de vapores condensados a ras de suelo, pude contemplar la silueta de un enorme pájaro, de hermoso plumaje pardo y negro, bien parecido a las grullas de mi tierra. Preludio de lo que estaba a punto de suceder, el Carau – así lo llamaban los indios guaraníes - comenzó a emitir un triste canto, característico de su especie cuando detectaban la proximidad de un extraño. Pero pronto entendí que no era mi presencia lo que inquietaba al ave zancuda.

La selva enmudeció. El bullicio de aves y otras bestias dejó paso a un silencio sepulcral. El chasquido de las hojas se mezclaba con el murmullo de un ligero viento del Norte, que traía consigo los ecos del repiqueteo de cascos de los caballos, ya reunidos en el centro del campamento, a punto de comenzar la marcha.

La muerte se reflejaba en la vidriosa mirada del asustado animal, que permanecía inmóvil en frente de mí. No hubiera necesitado de métodos empíricos ni el menos dotado de los hombres ilustrados, para concluir que debía de volver al refugio de mi campamento tan pronto fuera posible. Sin embargo, el miedo me helaba la sangre, tensando todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo hasta el punto de quedar paralizado. Sin escapatoria alguna, el instinto de supervivencia guió mi mano izquierda al cinto de donde colgaba mi cuchillo. Si los indios salvajes de las orillas de este río planeaban un ataque, estaba perdido. Quizá podría malherir a uno, dos salvajes a lo sumo, de nada serviría más que para retrasar unos segundos mi fatal destino. Sorprendidos por el ataque, de seguro mis hombres correrían la misma suerte.

No hubo tiempo para más. Allá apareció a mi espalda, del rincón más espeso y oscuro de la orilla del río, la muerte disfrazada de la fiera más temida por el hombre en estas tierras. Sorprendiendo a su presa, desprevenido, inferior en fuerza e indefenso, un yaguareté se abalanzó ágil y cruel sobre mí, antes de poder hacerle frente. Un zarpazo mortal en el pecho se llevó consigo mi último aliento antes de caer desplomado sobre la hierba.

CAPITULO II. *La leyenda del yaguareté*

Cuentan los viejos pobladores de este Mundo – que aseguraban conocerlo, y hasta haberlo visto – el yaguareté era siempre o casi siempre un indio viejo bautizado, ya hombre de pocas fuerzas, que necesitaba convertirse en tigre para vengar alguna afrenta grave. En un lugar solitario, en medio de la noche, el viejo lograba la transformación echando un cuero de tigre sobre el suelo y revolcándose sobre él, al mismo tiempo que rezaba un credo al revés. Así recuperaba toda su potencia juvenil y animal y, ya convertido en fiera, estaba en condiciones de castigar a sus enemigos.

Dormía en el piso, apenas separado del suelo por un cuero que hacía las veces de mesa, silla o cama, cuando desperté a causa del dolor que recorría todo mi cuerpo. No estaba sólo en aquella habitación, formada por un entramado de cañas, paredes de junco y un gran toldo. Siguiendo las prácticas curativas de los aborígenes americanos, una bella joven preparaba un bálsamo con la planta de Agüera yva-i. Ayudaría a cicatrizar los desgarros que las poderosas zarpas delanteras del yaguareté habían producido en mis carnes, dijo ella en un más que aceptable lenguaje guaraní.

Su nombre era Iniambey. Su rostro, chato y de color amulatado, mostraba un semblante despejado y risueño, tan hermoso, que llenaba mi espíritu de alegría, a pesar de la gravedad de mis heridas. Una larga y negra melena flotaba sobre la silueta sugerente de sus hombros, y la proporción perfecta de

sus pechos redoblaba las palpitaciones de mi pecho. Aunque de manos y pies más pequeños que los indios de otros pueblos, su talla era admirable, aun para ser mujer. No cabían dudas acerca de su raza. Las líneas de color que caían verticalmente atravesando su cara desde la raíz del pelo, sortijas, pinturas que cubrían todo su cuerpo. Me encontraba entre indios payaguás.

Alegre, viva y halagüeña, Iniambey se acercó a mí, y tomando una media calabaza con el ungüento curativo, comenzó a aplicarlo sobre las heridas. Era tal el ardor que producía el bálsamo en contacto con la piel que no pude soportarlo, cayendo desmayado.

Los payaguá no conocían de religiones ni Dioses, aunque eran muy supersticiosos. Creían en maleficios, concedían poderes mágicos a bestias y aves milagrosas, y confiaban sus dolencias al Pay, una especie de médico al que guardaban cierta consideración, quien curaba dolencias y espantaba al diablo bailando y haciendo sonar una calabaza, al tiempo que extraía los males del cuerpo chupando al enfermo. A dicho ritual se hallaba entregado aquel indio, completamente desnudo y muy pintado, explorando ásperamente las inmediaciones de las heridas de mi pecho, cuando mis labios cortados y secos trataron de pronunciar un sonido gutural del léxico guaraní, propio de aquel que necesita agua que beber: “y'u”, “y'u”. Los indios que asistían a la ceremonia de curación quedaron perplejos. A los ojos de los payaguás, ¡el Pay me había curado!. La fe movía montañas, pensé, y las hierbas nativas guardaban una fuente inagotable de excelentes remedios curativos. Eso mismo debió de pensar Iniambey, quien complacida por mi pronta recuperación, regalome una dulce sonrisa mientras me ayudaba a beber agua de una pequeña vasija de barro que ella mismo había fabricado. Tampoco faltó comida con la que saciar mi hambre, un pirá-kygua, yety, pacova, o lo que es lo mismo, un sabroso lenguado de río, batata y plátano, además de otros frutos propios de aquella tierra generosa que no dejaba de brotar alimento cada día.

Al atardecer, mi presencia fue requerida en los aposentos del Cacique de la tribu. Los primeros pasos al salir de la habitación descubrieron ante mí la espectacular belleza del lugar donde se asentaba la toldería de la tribu payaguá. Vivían estos indios en las inmediaciones del río, que navegaban con las canoas que ellos mismos fabricaban. Los niños jugaban en la orilla, mientras algunas mujeres se dedicaban a tejer algodón y hacer vasijas de barro. Aves y flores se confundían entre sí, en una demostración de exhuberancia natural y vivos colores. Palmeras, helechos que superaban mi talla y el curi'y, una conífera bien similar a nuestros pinos, destacaban entre un sinfín de maderas, siendo difícil cuantificar el número de especies arbóreas en un reducido espacio. Loros, guacamayos y tucanes se unían a magnolias, orquídeas y otras muchas especies vegetales para brindar el magnífico encanto del asentamiento payaguá.

El aroma a yerba del Paraguay alimentaba el interior del toldo del cacique. Arropado por el mismo Pay y el clan de ancianos, Korochire – así llamaban al cacique por su afición a imitar los cantos de los pájaros – me invitó a tomar asiento y tomar del mate.

Comenzó el Pay a explicar de su relación con los espíritus y cómo le habían sido transmitidos los malos augurios de una nueva profecía. Los espíritus del bosque le revelaron que, Ñaña taú, un genio perverso que maldecía sus vidas, vendría a aliarse con el jurua – hombre blanco en guaraní - poniendo en peligro las futuras generaciones de la nación. Una gran piedra se alzaría sobre los bosques, secando las aguas del Canendiyú, las fieras se adueñarían de las tierras silenciadas, el alquímico conocimiento de los secretos de la selva se perderían, y los hijos de estas tierras se verían condenados al exilio. Sólo el hombre blanco capaz de comunicarse con el gran león americano podría cambiar el destino de su pueblo. Para ello, debería poner rumbo al gran salto del Guayrá, y buscar tres plumas mágicas del ala de un Caburé, con las que debería hacer frente al maléfico genio guaraní.

Korochire tomó la palabra para relatar cómo Iniambey había presenciado, desde la otra orilla del río, el feroz ataque del yagareté. Sin embargo, alguien o algo frenó su instinto asesino, retrocediendo lentamente hasta desaparecer entre la maleza, algo nunca jamás visto, tratándose del animal más cruel y letal de la selva guaraní. Alertado el Pay de lo sucedido, fui trasladado inmediatamente al poblado, donde la joven india se hizo cargo mis cuidados.

Para el cacique, dada su fe inquebrantable en los poderes sobrenaturales, la única explicación posible era la más ilógica para mi pensamiento ilustrado, si bien yo era el único jurua en esos momentos. La aventura era demasiado ardua e irracional para seducir a un simple hombre blanco, pero no me consideraba yo una persona corriente. Hasta entonces, había ocupado todo mi tiempo en delimitar geográficamente las posesiones españolas en el continente americano. Ahora podría ocuparme en ensanchar los límites de los conocimientos humanos, luchando para ello con la Naturaleza, los animales feroces, y más terrible aún, el hombre. Así pues, acepté el liderar la empresa con agrado.

Una vez que la expedición fue convenida, comenzaron los preparativos. ¿Qué podía haber allí? En el mapa del país, la región era una mancha, ni poblados, ni caminos, menos aún el Gran Salto. Para tal fin, mandé recuperar los instrumentos y materiales que me acompañaban en el anterior viaje, antes del fatal encuentro con el felino. Nada supe con certeza de los hombres de aquella expedición, que, según los payaguás, huyeron despavoridos ante su presencia, la cual cosa no era de extrañar, dado el trato guerrero con que estos indios solían dar la bienvenida al resto.

Decidí lanzarnos a través de los bosques densos estos valles hasta alcanzar la catarata. Así, avisé al cacique para que tuviese preparados un guía y porteadores. No fue fácil armar un grupo de hombres valientes para marchar en busca de las plumas del Caburé, a pesar de su fortaleza, por temor a enfadar al malévolo genio Ñañá Taú y ser castigados. Sólo Iniambey, una mujer, prestó a unirse voluntariamente a la tropa, en calidad de traductora del lenguaje que la Madre Naturaleza hablaba y yo, decía, no sabía interpretar.

CAPITULO III. *En el corazón del bosque*

Nunca dí un paso sin llevar conmigo dos buenos instrumentos de reflexión, un reloj de segundos de faltriquera, un horizonte artificial y una brújula. En cualquier parte que me encontraba observaba la latitud, aun en el medio del campo, todos los días al mediodía y todas las noches, por medio del sol y de las estrellas.

Los indios payaguá vivían principalmente de la pesca y todo aquello útil que hallaban en las orillas de los ríos: paja, leña, cañas, frutos, pasto para los caballos... Sin embargo eran tan fuertes, guerreros y feroces como los pueblos cazadores. Sus armas eran flechas sin aljaba, y sobre todo el remo de la pala que por ambos lados servía de lanza. Sus expediciones guerreras se hacían siempre con secreto o engaño, con la idea de sorprender. Tal era así, que nunca dejaron de matar cuantos españoles y guaraníes pudieron desde la conquista, y con ese carácter continuaban para con los indios, no así con nosotros, con quienes guardaban términos de paz desde hacía algunos años.

Dejamos el poblado a primera hora de la mañana. Aparte de lo ya mencionado, todo mi equipaje se reducía a algunas ropas, café y sal, así como tabaco y yerba mate para los indios acompañantes.

Maynumbi, un joven indio de carácter afable y brazos fuertes, encabezaba el grupo ejerciendo de batidor, adelantándose allá hasta donde apenas nos alcanzaba la vista. Seguíamos sus pasos a una distancia razonable Iniambey, quien colaboraba activamente en la identificación de aves, cuadrúpedos y otros animales y también vegetales, y yo mismo, totalmente embelesado con el entorno. Algunos pasos más atrás, cerrando el grupo, la parte del séquito más ruidosa, cuatro indios que apenas marchaban con más carga que sus armas ancestrales y lo puesto.

La ruta nos condujo a una vasta espesura de tal densidad, que la única forma de avanzar era seguir de cerca al batidor de la expedición. Siempre seguíamos la senda marcada por los grandes mamíferos de cuatro patas, y si no, Maynumbi pasaba todo el día cortando maleza a golpe de machete, sin detenerse siquiera para beber un sorbo de agua o comer. La orientación venía dada por el curso del río y la posición del sol, cuando algún claro entre las copas de los árboles más altas permitía la entrada de luz. Si se daba la oportunidad, me encaramaba a lo alto de pequeños cerros, desde los que podía contemplar el vasto océano de árboles circundantes. Nuestro objetivo era alcanzar la aldea de Curuguay, para ello deberíamos atravesar aquel bosque leñoso, oscuro y diverso, que se extendía hasta el horizonte.

No era botánico ni zoólogo, ni pretendía serlo, pero no era necesario tal disposición para contemplar maravillado una composición vegetal formada por tantas especies de árboles y arbustos, y refugio de multitud de animales, que para verlas en Europa todas ellas haría falta recorrer mucho. Así, cada paso se traducían en nuevas anotaciones en mis cuadernos de papel amarillo, donde registraba todos y cada uno de los detalles: la ubicación del nido de un ave y de cada madriguera, la especie y el perímetro de árboles de espectacular porte o los sonidos del bosque.

Todos los árboles estaban llenos de bejucos, y enredaderas llamadas ysyppó. La mayor espesura de los bosques se hallaba en las orillas, donde los árboles ensanchaban más sus raíces y ramas, y recibían más el sol, lluvias, rocíos y vientos. Cuanto más avanzábamos, más iba estrechándose el río, y las orillas eran tan pantanosas en ocasiones, que difícilmente podíamos caminar a paso ligero. Los mosquitos, y más aún las hormigas, nos echaron definitivamente de las inmediaciones del río. Habíamos creído que no se encaramaban a nuestro calzado; si lo hacían así o si se tiraban sobre nosotros desde las copas de los árboles, el caso es que nos dio no poco trabajo deshacernos de tan fastidiosos bichos.

Al atardecer, hicimos alto en el camino. Mientras trataba de orientarme con la brújula, Maynumbi terminó de despejar un pequeño claro en el bosque donde poder acampar, mientras el resto hacía acopio de madera y alimento. Sin piedra ni chispa, Iniambey supo cómo encender un fuego con el que cocinar los peces que habían capturado. Y así pasé buena parte del atardecer contemplando la forma de actuar de los no civilizados: no hablaban ni bebían mis amigos salvajes hasta el final de la comida, ni utilizaban tenedor, ni separaban las espinas del pescado, sino por un único movimiento de lengua. Altos y fuertes, soberbios e indómitos, era sorprendente ver gentes que no conocían de religión, ni jefes, ni leyes, ni sumisión, ni esperanzas presentes ni futuras. Su salud, fuerza y finura de su vista parecía aproximarlos a los cuadrúpedos o las aves. Sin embargo, su cuerpo era casi enteramente semejante al nuestro; aprendían todas las artes que se les enseñaban; aprendían nuestra lengua e imitaban nuestras acciones; discurrían y razonaban. A mi modo de ver, y a diferencia de los primeros exploradores españoles, eran los indios americanos hijos de Adán, ejerciendo una indolente existencia en armónica relación con el entorno viviente que le rodeaba, algo de lo que el hombre blanco carecía.

Aquella medianoche fui avisado por mis hombres, que se oían muy cercanos los rugidos del yaguaré. Había aprendido en mis viajes a despreciar ciertos peligros al refugio de una gran hoguera, pero hechos recientes no invitaban al optimismo. Aquella noche difícilmente pude dormir.

Reanudamos la marcha antes del amanecer, con el fin de alcanzar Curuguaty aquella misma jornada.

Con los primeros rayos de sol se dejaban escuchar los cánticos llenos, dulces, deleitables y sobremanera expresivos de las aves más madrugadoras, nada que envidiar a nuestros ruiseñores europeos. Tal era la cantidad de anotaciones faunísticas en mis cuadernos, que a menudo confundía las especies y las describía dos veces, sin saber con certeza de qué ave se trataba. Gran conocedora del entorno, Iniambey solía explicarme cómo, especies tan parecidas, incluso en su voz, podían distinguirse por las pequeñas diferencias en sus picos, patas o puntas de las alas, descubriendo fácilmente sus costumbres. Así, continuaba explicando, el gaviero y el contraamaestre compartían el mismo hábitat, hacían sonar un canto idéntico y apenas diferían en color y forma, aunque el gaviero no bajaba de las gavias, ni el contraamaestre subía por ellas. Estas pequeñas variaciones entre especies, a mi juicio inofensivos fenómenos naturales, no parecían ir más allá, como algunos autores apuntaban acerca de la incidencia climática en dichas variaciones. ¿Podrían, entonces, mezclarse todas las variedades de una especie? Iniambey observaba divertida e indiferente, mis gestos de obstinación y razonamiento interno, mientras diversas cuestiones se agolpaban en mi cabeza en busca de respuestas.

La cerrada vegetación de la selva húmeda fue dando paso a bosques predominantemente caducifolios y más secos. La variada geografía del país nos sumergía progresivamente en nuevas tierras; una extensa pradera, irrigada por varios riachuelos y humedales infestados de yacarés, donde los árboles se distribuían en rodales alejados entre sí y la vegetación del suelo crecía hasta la altura de la cintura, cubriendo toda la tierra.

Los indios apenas dominaban la agricultura, no sabían conservar los frutos de un año para otro, cazaban lo justo para alimentarse y no conocían la tenencia en abundancia. Con la llegada del hombre blanco se fundaron multitud de aldeas, poblados y misiones. Seducidos por la promesa de tierras frescas y fértiles, oro en collares, alhajas y ropas bonitas, los españoles consideraron al Nuevo Continente como un paraíso, en comparación con lo que ya conocían. Así, muchos fueron los que desearon embarcar rumbo a la tierra prometida. Con el paso del tiempo, las generaciones venideras, descendientes, criollos u originarios, aprendieron a despejar las tierras para el cultivo de tabaco, yerba, vid y otras plantas comestibles, ganando terreno al paisaje natural. Los bosques eran talados sin medida para leña y madera. Multitud de naranjos y otros cultivos traídos del Viejo Mundo crecían desordenadamente en las lindes de toda una red de caminos que conectaban las aldeas y pequeños asentamientos. Las miles de cabezas de ganado pastaban libremente a lo largo y ancho de las tierras, reduciendo las poblaciones de flora y fauna autóctona drásticamente, si no eran ya reemplazadas por vegetales de menor valor ecológico. Así conocimos el poblado de Curuguaty, en un ecosistema totalmente transformado al antojo y necesidades materiales del jurua.

Sin duda el hombre blanco estaba causando un deterioro significativo en el hábitat que los indios habían conservado durante años. Y si Dios creó esta región para que todo el mundo la viera y se regocijase en ella, ¿quien éramos nosotros para pensar en adueñarnos de algo de esta tierra?

Encontramos en un cañaveral suficiente comida y agua como para matar el hambre, y sin pisar el poblado, nos dirigimos al sur, donde pasamos la noche refugiados en un bosque de palmeras. Llovía a torrentes, pero las lianas formaban una cortina natural tan tupida, que bajo ella encontramos un refugio eficaz como el que brindan los árboles del espeso follaje de los bosques tropicales.

CAPITULO IV. *Un manto de estrellas*

Habida cuenta de las supersticiones que gobernaban la vida de los indios, los rumores acerca del jurua que se transformaría en fiera para hacer frente al mismo Ñañá Taú se habían propagado rápidamente entre las diferentes asentamientos salvajes que poblaban las orillas del río. Aquel hombre blanco que atravesaría selvas, ríos y desiertos, para alcanzar el Gran Salto, donde suplicaría el favor de la madre Naturaleza para vencer al malévolo genio y así restablecer el equilibrio entre el hombre y la Tierra.

Quiso la suerte que diésemos con un viejo indio que, menos borracho que los otros, paseaba por los alrededores, recolectando plantas frescas para sus elaboraciones químicas. Era el Pay, el médico del lugar. Conocedor de nuestra empresa, el viejo nos proveyó de víveres, y cargándolos en caballos, nos los cedió para cruzar lo más rápidamente posible el desierto que nos llevaría hasta el río Guatemy.

En aquel paraje semi-árido predominaban las plantas leñosas con espinas, multitud de gramíneas y herbáceas de talla alta, en perjuicio de los árboles, que apenas ocupaban una mínima parte de la cobertura arbórea de los bosques que habíamos atravesado. A lomos de los caballos podían avistarse pequeñas manadas de guazús y capibaras bebiendo en las charcas de la sabana. Ciertamente los cuadrúpedos de las Américas no tenían ninguna analogía con los del antiguo continente, y si bien no se encontraba animal comparable al elefante en estas tierras, tampoco se encontraban en el antiguo mundo otros que, con dentición y boca del conejo, fueran del tamaño del capibara.

Sin camino que seguir, la brújula con pínulas y mis cálculos y observaciones del Sol ayudaban a la orientación en medio del desierto, y un pequeño alto en la distancia era nuestro punto de referencia. A menudo me miraban mis hombres con la extrañeza propia del que no podía comprender que se pudieran levantar mapas de unas tierras en las que no se ha estado nunca, o que se quisiera conocer con toda exactitud cosas que del propio lugar se desconocían, como atestiguaban mis apuntamientos.

Mis hombres, como cada atardecer, se sentaron alrededor del fuego, unos alejados de otros, y después de hacer acopio de fuerzas con los víveres que el viejo nos habían proporcionado, dieron testimonio de las propiedades del aguardiente hasta caer dormidos. Todos excepto Maynumbi. Incombustible y poseedor de una determinación y fuerza extraordinarias, el joven payaguá comenzó a talar el árbol más grueso de los presentes para fabricar la embarcación que nos llevaría aguas abajo hasta el río Paraná.

Mientras, albergaba yo aquella noche cierta esperanza en poder efectuar una observación astronómica, pues a través de la neblina que velaba el cielo, brillaban estrellas fugaces de extraordinario tamaño. Tostada, desnuda de cintura para arriba y con el pelo suelto, la silueta de Iniambey apareció sutilmente, interponiendo su figura entre las estrellas y mi mirada. Nacido en un clima cálido, lleno de fuerza, de vigor y salud, en la edad en que la sangre circula hirviendo por las venas, y criado en el campo, ¿podría tener dominio de mí mismo y la voluntad de vencer este impulso que arrastraba a un sexo hacia el otro? No sin duda...

CAPITULO V. Canendiyú

Obligados a arrastrar en ocasiones la canoa, que habían construido los payaguás la noche anterior para salvar los numerosos arrecifes, navegamos durante horas aguas abajo del río Guatemy, cautos ante posibles ataques de indios que por aquellas tierras no daban cuartel. A pesar de las dificultades en la navegación, poseían los estos indios una destreza sin igual en el manejo de la canoa, lo que les acreditaba como magníficos pescadores. La exhuberancia de la vegetación aumentaba en un grado inimaginable, incluso para el que estuviera familiarizado con el espectáculo de la selva. No había ya campo raso, y una empalizada de árboles de espeso follaje constituían la orilla. Si las carcajadas del Ca'i eran las más ruidosas de los bosques, los cánticos de tucanes, guacamayos, cotorras y loros tomaban el relevo del vivo y ligero primate como reyes cantores de las espesuras ribereñas del Guatemy. En ocasiones, los animales paraban de cantar casi al unísono durante algunos segundos, era entonces cuando podía escucharse un ruido intenso de fondo, cada vez mayor, anunciándonos la proximidad de la catarata.

Llegamos finalmente al río Paraná. Salpicado de innumerables islas, algunas de ellas enormes, y pequeños saltos, el Paraná era mucho más rápido y más violento en su curso que la mayoría de ríos que había descubierto en mis viajes. Era tal el volumen de sus aguas que no creí exagerar diciendo que él sólo igualaba a los cien mayores ríos de Europa reunidos.

Decidimos realizar el tramo final a pie por la orilla de un bosque que deberíamos costear. Aún en la distancia, los vapores resultantes del agua chocando con la rocas formaban una lluvia eterna, calando de tal manera, que era necesario desnudarse. Por primera vez, no era el joven batidor Maynumbi quien lideraba la expedición, sino yo que, presa de la excitación del final de mi aventura, me dirigía con paso firme hacia el gran salto de agua sin importar el cansancio acumulado.

A medida que nos acercábamos, las rocas del suelo parecían temblar bajo nuestros pies. El ruido ensordecedor de la masa de agua precipitándose contra el lecho de rocas parecía espantar a las aves, pues no encontré ni siquiera rastro alguno de su presencia a lo largo de todo el bosque que atravesábamos. ¿Cómo podría lograr las plumas del ala del caburé, que liberaran a los payaguás de las ataduras de supersticiones, si ni siquiera podían avistarse aves en las inmediaciones?

Mientras tanto, algo se movía sigilosamente entre la espesura de la orilla, saltando y trepando velozmente entre los árboles, acechando a sus víctimas, ajenas a la cruel bienvenida que preparaba a sus huéspedes.

Cual podadora humana, continué abriéndome camino a golpe de machete entre el espeso mar de amambais que crecían en la orilla, totalmente empapado y lleno de barro, arrebatado del sentido del oído por el estruendo de las aguas, el resto cautivados por la belleza y emoción del momento. De alguna manera, había alcanzado una especie de equilibrio con los rigores del bosque, ni siquiera ya la razón podría apartarme de mi objetivo. Y, finalmente, allí, entre diferentes arco iris de vivos colores, formados por las columnas de rocío y los rayos del Sol, entre espumas y rocas punzantes, alcé la vista y pude admirar, asombrado, la catarata más grande del mundo, el prodigioso salto del Canendiyú, sin duda, digna de ser descrita por los poetas, precipitándose con un furor espantoso.

Abstraído en pensamientos y emociones, no di habida cuenta de los avisos de Iniambey, que desgarraba sus cuerdas vocales gritando mi nombre, en un intento desesperado por llamar mi atención a tiempo de esquivar el infortunio. Fue al volverme sobre mis pasos, ansioso por compartir la alegría del descubrimiento con el resto de la expedición, que topé con esa mirada

vidriosa, tan desafortunadamente familiar, que me recuerda el principio de esta historia. Las piernas temblorosas de Iniambey apenas soportaban el terror que inundaba su cuerpo. Supe aquel entonces que, para bien o para mal, el final había llegado.

Presentes los augurios del Pay en cuerpo y alma, el jurua se cruzaba una vez más en el camino de la fiera, dispuesta a reclamar aquello que le pertenecía. Como si el tiempo avanzara a cámara lenta por unos instantes, pude contemplar surgiendo de la densa vegetación, amenazante y con las orejas erguidas, un yaguareté, mostrando sus poderosas patas delanteras. De talla igual pero pelo más rojizo, el guasara, como denominaban los nativos al más ágil y cruel de los yaguaretés, se erguía en lo alto de una roca, clavando su mirada sangrienta y desafiante sobre mí.

A punto de lanzar su mortal ataque, irrumpió en escena nuestro talismán con alas, un caburé color castaño, de vuelo majestuoso y magnetismo extraordinario. Feroz e indomable, la pequeña ave carnífera se lanzó en picado cortando el viento, y con su grito agudo, atacó sin piedad la cabeza del yaguareté en repetidas ocasiones, el cual poco pudo hacer sino proteger con las zarpas sus ojos, así fue retrocediendo hasta desaparecer en la espesura.

Cargado de asombro y emoción, tomé uno de mis cuadernos de apuntes, y apurando su última hoja, escribí emocionado:

“En esta región se halla uno de los mayores tesoros naturales del Planeta: es el Paraguay, la tierra roja, con sus ríos, lagos, bosques, desiertos, sus numerosas y bellas aves; los dominios del yaguareté, los dominios del caburé, los dominios del hombre salvaje”.

“Un tiempo aquí también desde estas breñas, viendo cómo despeñas por el agrio talud de la montaña tu tremendo caudal arrebatado, te contemplé, admirado, el eminente AZARA, honor de España”.

EPÍLOGO

“¿Tendrá término un día su carrera tumultuosa y fiera? ¿O, siempre bramador, siempre iracundo en ese arrebatado movimiento de su despeñamiento, durará tanto como dure el mundo?”

Con estas palabras mostraba Félix de Azara su admiración por el Gran Salto del Guairá. Actualmente, dicho salto ha desaparecido, en favor de la represa de Itaipú. No deja de ser una paradoja el hecho de que allá por el 1700, Azara ya advirtiera su preocupación por el deterioro ambiental, así como las malas prácticas a las que el hombre blanco sometía a la Naturaleza.

Sus descripciones naturalísticas, ascendientes directas de las que, sesenta años después, llevarían a Charles Darwin a formular su teoría de la evolución de las especies, fueron fruto de la observación metódica, comprobada siempre personalmente y cuantificada con precisión, así como de su incansable dedicación a la investigación faunística durante veinte años.

Aún está muy lejos de darse cuenta de todo lo que las ciencias le deben a Félix de Azara. Y qué mejor manera de reconocer su labor, que contribuyendo a la difusión de su obra, así como al conocimiento y conservación del Patrimonio, a través de nuestro empeño, dedicación, y trabajo.